

X Por el Sr. Dn. Humberto García Ortiz,
Ex-Profesor Accidental de Castellano y Lin-
güística. _____

X Algo acerca del hecho de
la diversificación de las
Lenguas _____

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Algo acerca del hecho de la diversificación de las lenguas

Antecedentes.—Hay una disciplina científica que merece especial cultivo, ya porque su estudio constituye una hermosa exploración en el intrincado campo de la psicología humana, ya también por la buena parte de recorrido prehistórico que ha de hacerse forzosamente, en tratándose de determinados puntos de ella.

La Ciencia del Lenguaje, cuyo objeto de estudio es un fenómeno, por otra parte, tan común que ni siquiera paramos mientes en él, se ha desarrollado dentro de una esfera tan reducida y ha sido cultivada por tan corto número de ingenios, que no parece sino que el hombre, acostumbrado a hacer gala de un don tan precioso como es el lenguaje, hubiese llegado a perder la conciencia del valor de la facultad de *hablar* y de las viscicitudes sin cuento por las que hubo de pasar el género humano hasta llegar a poseerla.

Dicha ciencia, además, ha sido mirada con desdén, no sin harta injusticia; pues, a más del valor intrínseco que encierra, con lo que ya tendría bastante para ser dignificado, entraña también uno de relación que la ennoblece mucho más todavía. Ella es, en efecto, la que, al estudiar las funciones más importantes del hombre, la del pensamiento y la del habla, pues ambas van aparejadas, induce, rastrea e intuye los orígenes de la humanidad, sus etapas prehistóricas y su largo y escabroso desenvolvimiento histórico, tratando de sorprender el secreto mismo de la vida humana y de los fenómenos inherentes a

ella, los que han sido siempre objeto de las más tenaces investigaciones científicas y de los más arduos empeños de la razón, y seguirán siendo por mucho tiempo aún.

La Ciencia del Lenguaje es la que nos explica muchos puntos, al parecer oscuros, de otras ciencias; porque, en más de una ocasión, el análisis lingüístico puede suministrarnos datos valiosísimos para las demás ciencias, datos que no los hubiéramos podido obtener de otra manera. Una palabra sola, muchas veces, puede sernos más útil y revelarnos más que cualquier monumento arqueológico, cualquiera huella material dejada por un pueblo. Es como si en esa palabra sobreviviera el espíritu mismo de aquel pueblo, hecho presente a nosotros, quizá a través de muchos siglos, únicamente en virtud del milagro operado por la palabra. Nada sabemos nosotros por la historia acerca de cómo vivían los grupos *arios* de la Bactriana, ni de cuáles eran sus instituciones y sus costumbres. Pero una sola raíz, que no palabra, la raíz *ar*, nos descubre, en sus diversas formas, que estos *arios*, nuestros remotísimos antepasados lingüísticos y raciales, eran gente altiva, noble; que eran propietarios; que, en consecuencia, llevaban una vida sedentaria; que cultivaban la tierra y eran pastores; que, en fin, habían llegado, en su tiempo, a considerable altura sobre el nivel común de los otros pueblos. Y del mismo modo, otras palabras correspondientes a padre, madre, hija, etc., nos indican suficientemente que entre ellos se hallaba constituida la familia, bajo normas de gran valor moral.

He aquí cómo una sola palabra puede enseñarnos más acerca del espíritu de un pueblo que todas las ruinas y todos los monumentos que ese pueblo nos dejara.

Por otra parte, a no ser por la palabra, ya hablada, ya escrita, nada pudiéramos saber nosotros sobre la marcha evolutiva de la humanidad, nada de sus amarguras ni de sus glorias, nada de sus grandezas ni de sus miserias. El pasado entero permanecería para nosotros ignorado, como si un denso velo lo encubriese a nuestras miradas; todo aquel bello patrimonio de los hombres, constituido por las más altas manifestaciones del ser racional, se hubiera desvanecido antes mismo de haberse formado. Las ciencias mismas no hubieran podido ser descubiertas ni perfeccionadas sin el gran medio del lenguaje, y ningún progreso de la especie hubiera sido posible sin el divino don de la palabra.

Excelsa ha de ser, por consiguiente, la ciencia que tenga como objeto el estudio del lenguaje, e importantísimo su rol en el campo de todas ellas. No sin razón, por eso, su estudio ha de ser hecho con cierta respetuosidad, como la del que penetra en un templo en que cada muro es un testimonio solemne y cada piedra conserva una huella valiosísima; porque, como ha dicho Max Müller, «el lenguaje es un suelo sagrado.....; hay fastos en la historia del lenguaje y recorrerla equivale a seguir el curso de la humanidad misma».

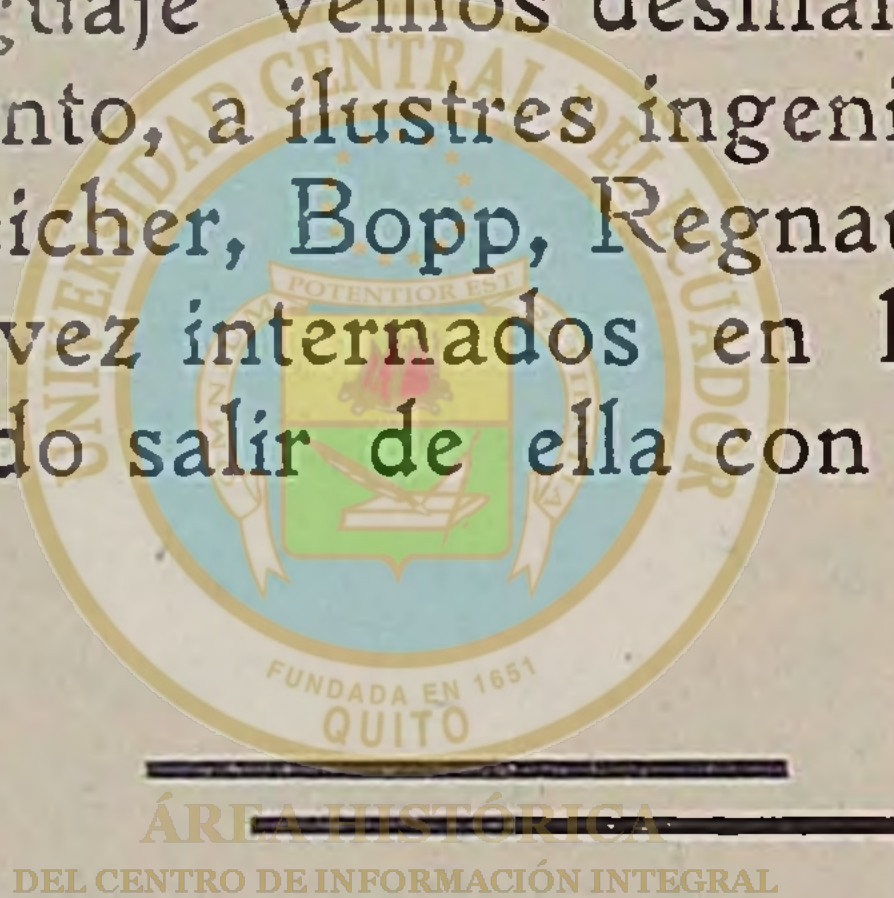
Hasta aquí se ha creído que para estudiar una determinada lengua no hacía falta sino el estudio de su gramática, cuando más, de ciertas superficiales relaciones con otras lenguas, más o menos emparentadas con ella. Se ha considerado a un idioma como a un ente aparte, como algo completamente desligado en absoluto de todo lo demás, como un ejemplar aislado que careciera de todo contacto con sus congéneres. Y así, dentro de este criterio cerrado y errado, para el estudio de nuestra lengua por ejemplo, no se necesitaba saber más que lo escrito en sus gramáticas, con más algunos conocimientos del latín y del griego, sobre todo, de ciertas raíces de uno y otro; aunque, por lo demás, no se hiciera mención del puesto ocupado por ella en el conjunto de lenguas, ni se tuviera en cuenta para nada las relaciones y sucesos que, como consecuencia de esa misma situación, habían de serle propios.

Uno de los puntos, precisamente, que se hace necesario tocar antes de penetrar en el examen concreto de una lengua determinada es el que nos proponemos desarrollar ahora, o sea, el relativo al hecho de la diversificación de las lenguas. Solamente con el estudio de este tema y de otras más de igual importancia, es posible llegar a adquirir un cabal conocimiento de la respectiva situación de cada idioma y tener una como visión de conjunto e integral del vasto panorama que ofrecen las distintas lenguas y los diversos dialectos esparcidos por el mundo.

No desconocemos las dificultades que ofrece un estudio de esta clase, por lo mismo que generalmente se carece de

datos apropiados y sólo se hace posible utilizar, en ciertas ocasiones, la vía inductiva e intuitiva; pero, a medida de la magnitud de los obstáculos es la de las satisfacciones, cuando se tiene, sobre todo, la suerte de encontrar una sorpresa y de aprehender un hecho inesperado. Es grande, por otra parte, el atractivo de este campo de las ciencias y no es posible resistirse al llamamiento que, desde el fondo de los siglos, le hacen al investigador, los oscuros e intrincados problemas de los orígenes del hombre, que tales son los del lenguaje, sus primitivos días y toda aquella gama de sucesos que, escapándose a la historia, se ocultan tras de la sonrisa de la esfinge prehistórica y salen fuera de los límites del tiempo.

Pero el hombre es esforzado y para su afán de conocer no hay sendero científico que pueda imponerle temor, aunque muchos le infundan respeto; y, por eso, por la vereda del conocimiento del lenguaje vemos desfilar, aunque de tarde en tarde y en avance lento, a ilustres ingenios, como Platón, Leibnitz, Schlegel, Schleicher, Bopp, Regnaud, Max Müller y otros más, quiénes, una vez internados en la «selva oscura» del lenguaje, han logrado salir de ella con algún rayo de luz entre sus manos.



Los hechos.—Nadie puede poner en duda el evidentísimo hecho de la multiplicidad de idiomas y dialectos. Se hallan distribuidos por el mundo sin ninguna consideración geográfica, ni menos concordancia política; esparcidos por aquí y por allá, entremezclados, colindando muchas veces entre las diversas categorías lingüísticas.

Es un fenómeno generalmente observado y que ha sido materia de las más variadas conjeturas y teorías el relativo a la diversidad racial y lingüística de los pueblos. Cuando el investigador dirige sus miradas sobre el vasto panorama del mundo, no puede menos de sorprenderse al encontrar una tal heterogeneidad; pero, al mismo tiempo, se ve obligado a justificarla, teniendo en cuenta que la misma especie humana no puede estar exenta de ciertas generales leyes de orden natural y biológico, que rigen a todos los seres vivos.

Empero, generalmente sucede también que las diferencias étnicas y lingüísticas son más o menos concordantes, esto es,

que a determinados grupos raciales, con caracteres comunes, corresponden idiomas de relaciones más estrechas entre sí y pertenecientes a determinadas categorías lingüísticas. Un paralelismo de esta naturaleza no había de ser puramente casual, sino que debía obedecer, sin duda, a principios elementales cuya fuerza reguladora hubo de dejarse sentir desde los primeros tiempos de la formación humana.

No obstante, como por una parte se trataba de hechos sobre los cuales ninguna luz podía arrojar la historia, y como, por otra, no se sabía a ciencia cierta cuáles eran aquellos principios, he aquí que quedó el camino abierto para que salieran a relucir las más extrañas hipótesis, a cual más alejada de toda verosimilitud, justamente porque para enunciarlas no se había partido de un conocimiento experimental, sino de meras elucubraciones personales, o, lo que es peor, de palmarios errores fundamentales.

Es tiempo ya, pues, de que un supremo principio de verdad científica sea la única norma que rijan las investigaciones de esta clase; y que, dejando atrás prejuicios de toda índole y acudiendo a las conclusiones formuladas por disciplinas científicas afines, se proceda, por una vía en lo posible experimental, a desentrañar aquellas verdades, relativas a los períodos formativos de la humanidad, hoy aún apenas vislumbradas, que, más tarde, empero, podrán ser con toda claridad y certidumbre aprehendidas.

Las teorías.—Infinito es el número de ellas en el campo de la ciencia del lenguaje; no obstante, el problema de la diversificación de las lenguas, como el problema racial análogo, versa generalmente al rededor de dos puntos de vista básicos: la teoría *monogenética* y la *poligenista*. Todas las hipótesis, más o menos aceptables, y aún las a primera vista inaceptables, pueden reducirse, en último término, a los dos puntos de vista.

Existe una como división histórico-cronológica entre los dos; pues, mientras el criterio monogenista domina el campo científico de la humanidad, desde sus primeros tiempos hasta no hace más de dos o tres siglos; desde aquella época acá, el

dominio corresponde al criterio opuesto, ya sea en una o en otra variante de las innumerables que él informa. Se comprende fácilmente cómo el principio monogenista, respaldado por una fuerte tradición religiosa, haya podido perdurar tanto tiempo; mas, no se comprende cómo, aún en tiempos recientes, se haya querido resucitarlo, después que, desbaratado por las conclusiones experimentales de las ciencias, hubo de ceder forzosamente el campo a su contendor, apenas iniciada la pelea.

Un riguroso examen de la gran mayoría de las hipótesis formuladas nos lleva a la conclusión de que es necesario reducirlas a las que más éxito alcanzaron y estuvieron en boga por más tiempo. No es nuestro intento hacer un estudio de todas las teorías, así por la razón apuntada, como porque las condiciones de este trabajo no lo permitirían. Es únicamente echar una rápida ojeada sobre ellas y exponer nuestro modo de pensar al rededor de problema tan intrincado, lo que anhelamos.

Cuando se hace un recorrido histórico de las teorías, es fácil darse cuenta de cómo, dentro del primer período, o sea, del monogenista, son más abundantes que en el segundo, aun cuando todas ellas, desde luego, vayan a parar al principio común del origen único de las lenguas y de las razas.

Como consecuencia del abandono en que yacían los problemas del lenguaje, en los primeros tiempos, nada se adelantó en su investigación, y tan sólo tradiciones más o menos inverosímiles reemplazaban a las verdades científicas que más tarde habían de ser descubiertas. Una de ellas especialmente, el mito de la Torre de Babel, ejerció especial fascinación para el mundo antiguo, hasta el punto de llegar a convertirse en principio religioso incuestionable. Fundado el hecho de la diversificación de las lenguas en una suposición tan extraña, pero fortalecida por el criterio religioso, natural era que toda investigación y todo comentario habían de detenerse frente a tan categórico prejuicio.

Sí dirigimos la mirada por otros horizontes, hemos de convencernos de que, entre los griegos, ni el mismo Platón, ni Aristóteles, alcanzaron a entrever la solución de este problema. Sabían ellos que, frente a su propio idioma, el griego, existían unos cuantos dialectos extranjeros a los que los englobaban bajo el término genérico de *bárbaros*; sabían aún que cierta clase de relaciones podía ser establecida entre éstos

y aquél; pero, no llegaron a percibir cuál podía ser un adecuado sistema de clasificación, ni cuál pudo haber sido el origen remoto de todos ellos. No por esto, desde luego, hemos de dejar de consagrar una palabra de homenaje a tan ilustres hombres, de quienes puede decirse que son los primeros arquitectos del gran edificio gramatical greco-latino-castellano, cuyos cimientos yacen más allá de 20 siglos.

Durante largo período de tiempo hubo de prevalecer, pues, la creencia en el origen único de todas las lenguas y en su diversificación efectuada de súbita manera, al pie mismo de la Torre de Babel. Empero, ¿qué relación podía tener este hecho con la hipótesis que señalaba al hebreo como al idioma primitivo?; ¿por qué se dedujo tal teoría del hecho antes anotado? Evidentemente, la única causa parece ser la de que, siendo el hebreo la lengua de los libros sacros, la lengua en que estaba escrita la historia de los orígenes del mundo, forzosamente ella había de ser la lengua común original.

Las dos creencias anteriores anduvieron íntimamente ligadas: la una suponía la otra; y como entrambas tenían el respaldo de un criterio religioso, he aquí la razón por la que su hegemonía, como verdades inconcusas, hubo de ser indefinida. «Pero lo que impidió, dice justamente Max Müller, durante mucho tiempo los progresos de la ciencia del lenguaje fue la convicción de que el hebreo era la lengua primitiva de la humanidad».

No es posible darse cuenta de los esfuerzos hechos, en los siglos XVI y XVII, por los filólogos de entonces, ya se tratase del origen de las lenguas, ya de su clasificación y diversificación, para reducir todos los problemas a la única fórmula posible de solución: el hebreo, la lengua primitiva de la humanidad. Pues esta fórmula hubo de convertirse en necesario punto de partida para toda suerte de investigaciones de carácter lingüístico.

De tal manera, era poco menos que imposible que los estudios de esta clase pudiesen avanzar; y, si la imperante convicción, a la que se hallaban aferrados casi todos los espíritus cultos de esa época, abandonó paulatinamente el campo, fue, ante todo, constreñida por un suceso trascendental en el curso de la ciencia del lenguaje: el descubrimiento de la lengua *sanscrutana*.

Puede afirmarse sin hipérbole que hasta entonces gran parte de los acertos referentes a la filología no habían pasado

de ser meras suposiciones, y que solamente desde allí los conocimientos lingüísticos iban a marchar sobre base científica segura.

No estará por demás consagrar unas pocas líneas a este suceso. Poco antes, los lingüistas habían descubierto ya las relaciones existentes entre el griego, el latín, el persa y todos los dialectos dependientes de ellos; se había llegado ya a entrever la posibilidad de una reducción de todas estas lenguas a un remoto tipo común, el que, mientras para unos debía ser buscado en alguno de los dialectos mediterráneos más antiguos, para otros no podía ser sino el griego primitivo. Pero, como necesariamente todas estas opiniones no habían de apartarse del punto de partida del hebreo, las mejores intenciones capitulaban ante semejante reducto y era más que difícil salir triunfante de tal atolladero. ¡Qué de ingeniosidad hubo de ser desplegada por aquellos autores para poder encontrar semejanzas entre dichos idiomas y el hebreo! ¡Cuánta tortura de la inteligencia para armonizar lo que, por naturaleza, se hallaba tan distante!

En este punto interviene el sánscrito. La teoría del hebreo, sin embargo, ya antes había sido certeramente impugnada por Leibnitz. Este, uno de los más insignes pensadores de la humanidad, espíritu múltiple y excelente sabio, fue el primero, como dice Lefèvre, «en reaccionar contra tan inveterado prejuicio». Los estudios, relativamente cortos, que pudo hacer al rededor de la materia le llevaron a la conclusión de que, en estricto sentido científico, era un absurdo seguir atribuyendo al hebreo el carácter de lengua primitiva. ¿Cómo podía serlo, en efecto, un idioma que dejaba muchos vacíos y lagunas en la explicación gramatical de aquellos que se suponía eran sus derivaciones? «Hay—dijo, por ello—tanta razón para considerar al hebreo como lengua primitiva como para adoptar la opinión de Goropius, que publicó una obra, en Amberes, en 1580, para demostrar que la lengua hablada en el Paraíso fue el holandés». El tal Goropius, recurriendo a explicaciones etimológicas absurdas, quiso probar que el nombre Adam significaba exactamente, por sus raíces, *díque contra la serpiente*, de donde dedujo que no otro idioma que el holandés debió haber sido la lengua primitiva. Diremos con el mismo Lefèvre: «La Lingüística ha tenido también sus alquimistas», y de la peor especie, añadiremos nosotros.

La afirmación de Leibnitz logró inducir a todos los lingüistas posteriores a seguir un análisis paciente y a aplicar un método comparativo al estudio de las lenguas. Esto, a no dudarlo, dió mucha luz sobre el asunto; pero, la ciencia del lenguaje no habría podido formarse sin el sánscrito.

Jamás pudo imaginarse la humanidad occidental que la India había de ser la que guardara en el fondo de sus libros la lengua que, al ser analizada comparativamente, había de resolver tantos problemas y despejar tantas dificultades.

¿Qué era el sánscrito? Respondamos con Lefèvre: «El sánscrito, la lengua de los brahamanes, conocida antes de nuestra era por los budistas chinos, había sido estudiada en el siglo VIII por los traductores persas, árabes y turcos. Algunos reflejos de su rica literatura habían llegado a nosotros a través de Oriente y perduran en nuestros cuentos y en nuestros apólogos. Pero, aunque, hacia el fin del siglo XV, Filippo Sacchetti había notado algunas relaciones entre palabras indias e italianas, es dudoso que ni siquiera el nombre llegara a Europa antes de mediados del siglo XVIII».

Mas, ¿había sido, en verdad, casi absolutamente desconocida la lengua sanscrutana? Ciertamente que desde fines del siglo XV y comienzos del XVI hubo más de un europeo, especialmente de entre los misioneros, que, habiéndose iniciado en el conocimiento de esa lengua, era capaz de comunicarse con los brahamanes, y hasta de entablar con ellos discusiones públicas; cierto que Roberto de Novili, en 1606, aparentemente convertido al brahamanismo, llegó hasta a interpretar a los Vedas y manejó con toda facilidad los textos de las Leyes de Manú; pero ninguno de entre ellos llegó a darse cuenta ni creyó que el idioma en el que discutía con los sacerdotes indios, o leía los libros sagrados de los mismos, pudiese ser un idioma afín de los que ellos poseían, y el eslabón indispensable para la integración de la cadena.

Seríamos injustos si no consignáramos aquí que este honor corresponde, en gran parte, a algunos misioneros cristianos, personas interesadas, por otro lado, en la investigación de esta clase de cuestiones. En efecto, fue el Padre Pons quien, en 1740, remitió a Europa datos concretos y detallados acerca de los Vedas y de los tratados gramaticales indios; fue el Padre Coeurdoux, sobre todo, el que, años más tarde, enviaba dos Memorias referentes a las analogías y parentesco de la

lengua sanscrutana con el griego, el latín, el alemán y el eslavo.

Todos estos datos, y otros más que fueron llegando posteriormente, atrajeron la atención de los investigadores, quienes, desde entonces, se entregaron con ardor al estudio comparativo del idioma descubierto. El sánscrito hubo de ser, así, el punto céntrico de los análisis lingüísticos de aquel tiempo.

No faltaron, por cierto, algunos impugnadores, para los que la nueva lengua no pasaba de ser una ficción de los indianistas; y el más vehemente de ellos, Dugald Stewart, negaba tenazmente su existencia; mas, ante los trabajos publicados por unos cuantos autores y ante los textos dados a luz sucesivamente, toda resistencia desapareció y hubo de prevalecer la opinión general que se tenía del sánscrito.

Por otro lado, en cambio, ciertos exagerados sanscritistas, quizá demasiado seducidos por el idioma nuevo, fueron más allá del punto medio y llegaron a afirmar que el sánscrito era la lengua madre universal. De esta manera la teoría del hebreo fue derrocada y derrotada; mas, no pudiendo aun los autores desembarazarse del criterio monogénico, no hicieron otra cosa que reemplazarla con la hipótesis sanscritista. Años atrás, Leibnitz tampoco había podido abandonar ese criterio y siguió creyendo en el origen único de las lenguas, aunque sin llegar a puntualizar la primitiva.

Contra todo esto, William Jones fue el primero que se situó en el término medio respecto al sánscrito, al que negó el carácter de lengua primitiva, vislumbrando su verdadera situación en el concierto de las lenguas. Posteriores estudios confirmaron esta suposición, y hoy sabemos perfectamente que el sánscrito, si bien tiene el sello de la anterioridad frente a los idiomas hermanos, es apenas una rama, como el griego, el latín, el persa, el eslavo, etc., del tronco común, la lengua madre ario-europea, extinta muchos siglos antes de Jesucristo, pero cuyo tipo, conservado a través de las alteraciones dialectales de las lenguas derivadas, ha podido ser reconstruido, aunque de modo incompleto, gracias a pacientes estudios de algunos lingüistas eminentes.

Es necesario subrayar aquí la importancia de Federico Schlegel, quien estableció definitivamente la gran familia indoeuropea, merced al estudio comparativo del sánscrito. No sin cierta razón se ha dicho, por ello que, en el campo lin-

güístico, él es lo que Copérnico en el de la Astronomía, o lo que Colón en el geográfico. «Concibió un mundo nuevo —dice un autor—; creó uno de los más vastos dominios del espíritu humano o, mejor dicho, abrió las puertas de él».

Hasta este momento, sin embargo, a pesar de la impugnación de Leibnitz y del descubrimiento del sánscrito, el criterio monogenista seguía prevaleciendo, y, aun cuando ciertos lingüistas entreveían ya la posibilidad del origen múltiple de las lenguas, todavía no se expresaba la fórmula que condensase en sí los nuevos puntos de vista.

Estaba reservado tomar la iniciativa, en este sentido, al campo etnográfico. El gran incremento tomado entonces por las ciencias naturales y biológicas, los progresos alcanzados por los investigadores, y el gran número de verdades conquistadas, hubieron de imprimir naturalmente un nuevo rumbo al curso de todas las disciplinas científicas. Así, los fenómenos humanos y el hombre mismo hubieron de ser considerados desde distintos puntos de vista que los anteriores; y el mundo de las ciencias tuvo que adoptar un riguroso criterio experimental y concreto para la explicación de muchos puntos, oscuros y contradictorios hasta entonces. Fue necesario por fin, que aparecieran Darwin y Haeckel para que el hombre de ciencia se situara en el extremo opuesto; y, si bien es cierto que aquellos estaban revestidos de toda la acritud y reacción de los primeros días, las que más tarde habían de ser mitigadas, no cabe dudar de que ellos abrieron una nueva senda en el terreno científico.

El campo lingüístico hubo de sentir también tal influencia; desde entonces ya nadie pensó en un origen único de las lenguas, y todos los lingüistas se convirtieron en ardientes defensores del criterio poligenético. Pero, por un falso principio de analogía, muy explicable en aquel tiempo, el problema lingüístico anduvo paralelamente al problema etnográfico; y el criterio poligenético, englobando ambos aspectos, imperó irrestrictamente sobre las razas y las lenguas. De esta suerte, admitir el origen múltiple de éstas valía tanto como creer en el de aquéllas, y quien era poligenista en lo lingüístico forzosamente había de ser en lo racial. Por desgracia, esta marcha sincrónica de ambos problemas era inevitable; y sólo después de servir por algún tiempo de materia de grandes confusiones, fue deshecha por ulteriores postulados científicos. Se comprendió la necesidad de no entremezclar las dos cues-

tiones y vino el consecuente deslindamiento que, conforme veremos después, era la única norma posible para la solución.

Parece que con la adopción del criterio poligenético en el plano del lenguaje, ya el monogenismo no hubiera debido ni podido reaparecer; no fue así, sin embargo. Algunos y variados intentos monogenistas se han suscitado posteriormente y se suscitan aún ahora mismo; mas, en atención a razones ya antes expuestas, no nos referiremos sino al más dominante de entre ellos: la teoría del señor Cejador.

Justo es subrayar el interés que tal teoría nos ofrece, ya por su relativa novedad, dentro del viejo molde monogénico; así como también por la valía científica de quien la sostiene. Pues es necesario reconocer que Cejador, aunque falsamente situado en este punto, es uno de los más destacados lingüistas que han existido en los modernos tiempos, e indudablemente el primero de los de habla castellana.

¿Cuál es su teoría? Después de haber hecho profundísimos estudios de la ciencia del lenguaje, después de haber analizado detenidamente la estructura gramatical de unas cuantas lenguas, el señor Cejador, adoptando nuevamente el criterio monogenista, pretende la reducción de todas ellas a un tipo común primitivo, y, más todavía, llega hasta a señalar al *eúsquera* como lengua madre universal. Después de algunas líneas tendremos que analizar esta teoría; por ahora, expongamos ciertos datos acerca del *eúsquera*.

En el fondo del golfo de Gascuña, aprisionada por los Pirineos, existe una porción humana, racial y lingüísticamente irreductible, que ha sabido conservar su sello propio y su individualidad, a pesar y por encima de todas las conquistas, las vecindades y las dominaciones. Esta porción es la de los vascongados, vascos o *euskaldunas*, etc., que es poseedora de un idioma, al decir de Lefèvre, «aglutinante, pobre y complejo a la vez, como todos los dialectos que pertenecen a la misma clase; pobre, por su vocabulario—sí no incluimos en él los vocablos latinos, españoles, árabes y franceses—; complejo, por la riqueza de su fonética, por la delicadeza de sus leyes eufónicas, por el doble empleo en la conjugación de subfijos y auxiliares y por la abreviación de las palabras que entran en los compuestos». Tal idioma, es cierto, había sido estudiado escasamente, casi no se le había tomado en cuenta, ya por el reducido número de gentes que lo hablan, como por

su lenta retirada hacia la montaña, constreñido por los dialectos y *patoís* neolatinos. Esta falta de examen tenía al eúsquera como envuelto en un cierto velo de misterio. Empero, aparece el señor Cejador y, concentrando todos sus mejores esfuerzos en el estudio de esta lengua, llega a redimirla del abandono en que yacía. Esta repentina aparición del eúsquera desvanece el misterio que lo circundaba, a la vez que nos presenta al nuevo idioma con inesperados caracteres de primitividad. El eúsquera es el idioma que los explica a todos, dice Cejador; por tanto, es a él al que corresponde la gloria de ser el tipo común universal.

Hemos señalado de manera sintética algunas de las pres-
tantes teorías y ciertos notables puntos de vista acerca del
problema del origen y diversificación de las lenguas, a tra-
vés de las etapas cronológicas de la ciencia del lenguaje. No
queremos terminar este párrafo, empero, sin dedicar una fra-
se al eminente lingüista Schleicher, quien acertó a solucionar
dicho problema casi absolutamente; con el cual, por lo tanto,
mantenemos, según veremos después, muchos puntos de con-
tacto, y sólo diferimos en lo que atañe al origen de la espe-
cie humana.

II

EL CAMPO MONOGENETICO

PRIMERA TEORIA

El hebreo, la lengua primitiva de la humanidad

Una vez expuestos sucintamente los contornos generales de las teorías principales, conviene ahondar un poco el análisis de cada una de ellas.

Según hemos dejado ya anotado, durante mucho tiempo se creyó que el hebreo era el idioma original al que podían reducirse todos los demás. Es extraño que no existiendo fundamento científico alguno haya podido una teoría perdurar a través de tantos siglos. Pero, en fin de cuentas, ¿qué motivo, por absurdo que sea, habrá servido de asidero para tal mantenimiento? Francamente no reconocemos otro que la influencia del criterio religioso.

En efecto, si toda la historia del cristianismo y, por consiguiente, del mundo occidental, partía de los libros de Moisés y del Antiguo Testamento; si estos libros sagrados habían sido escritos en hebreo; si Jehová habló en hebreo a las primeras gentes, forzoso era concluir que tal idioma era la lengua madre universal y que de ella debían derivar todas las demás. Y, ¿quién, por otra parte, hubiera sido el osado que se atreviera a negar estas verdades, si ellas constituían la doctrina ortodoxa y tenían el respaldo de la autoridad eclesiástica?

«Después de componerse libros tras libros—dice Max Müller—para demostrar como se derivan del hebreo el griego, el latín y todas las demás lenguas, y después de abandonarse un sistema tras otro, se acabó por preguntar por qué todas las lenguas debían derivarse *necesariamente* del hebreo, y esa sola pregunta cortó la dificultad». Ya sabemos que la respuesta fue dada por Leibnitz y que la lengua sanscrutana hizo relegar al olvido la teoría del hebreo.

Pues entonces, si carece absolutamente de todo fundamento científico, ya de suyo se derrumba tal hipótesis, sin necesidad de mayores observaciones. Sin embargo, en razón de imparcialidad, admitámosla provisionalmente y hagamos un examen de ella a la luz de la ciencia del lenguaje.

Uno de los grandes adelantos de esta ciencia, durante los siglos XVIII y XIX, fue el de llegar a constituir las familias lingüísticas, esto es, establecer las clasificaciones correspondientes a todos los idiomas. Esto que, a no dudarlo, sólo pudo ser hecho a raíz del descubrimiento del sánscrito y en el período de clasificación de la ciencia del lenguaje, es para nosotros fácilmente inteligible, porque es algo dado; pero, hay que tener en cuenta que, como toda otra ciencia natural, la del lenguaje, para llegar a ello, ha tenido que pasar por los períodos empírico y teórico, lo cual supone una larga y difícil trayectoria recorrida. De igual suerte, la biología, otra rama de las ciencias naturales, hubo de pasar por innumerables vicisitudes para llegar a su período de clasificación.

La gran familia lingüística, generalmente denominada *semítica*, fue una de las primeras en ser reconstruida; pues, por algún tiempo, los idiomas que habían de componerla fueron el blanco de las investigaciones de los lingüistas. Entre los semitizantes, descuella Renán, quien nos dejó su «Historia General de las lenguas semíticas», obra de necesaria consulta para el que quiere internarse en el mundo del semitismo.

Determinemos con Lefèvre los caracteres generales de esta familia lingüística: «No existe, dice el citado autor, unidad lingüística más fuerte e inalterable que la del grupo semítico. No sólo los elementos del vocabulario común no han cambiado, sino que la estructura de la palabra y de la frase ha perdurado la misma. La persistencia de las consonantes radicales es el rasgo más notable de este organismo. El radical, tal como lo había formado la fase aglutinante, tiene de ordinario tres consonantes, apoyadas en una, dos o tres vocales variables cuya diversidad indica el tiempo, el modo, la voz, la forma del verbo y el carácter adjetivo o sustantivo del nombre; por esta razón se denomina a las raíces semíticas trílteras, porque una estructura imperfecta que suprimía las vocales, puso en evidencia únicamente las tres letras o consonantes fundamentales, pero estas raíces afectan también la forma monosilábica como las di y trisilábicas. Por otra parte, diversas partículas, en la mayoría de los casos monosilábicas, pronom-

bres, desinencias casuales y prefijos verbales completan el organismo gramatical, que es grandemente sencillo».

El hebreo, una de las ramas de la familia semítica, naturalmente se encuentra dotado de los caracteres comunes a la familia entera, más los propios de él, entre los cuales es particularmente notable el de su riqueza y energía metafóricas, lo que ha hecho del hebreo uno de los idiomas más bellos de la antigüedad. «Hay pocas obras más coloristas, añade Lefèvre, más potentes que el libro de Job. El hebreo tiene la concisión y la fuerza del latín con la sencillez de las lenguas analíticas». Ahora bien, el hebreo ciertamente no puede jactarse de estar a igual nivel que las lenguas ario-europeas, pero ni siquiera de algunas de su misma familia; más, como lengua flexiva que es, sobrepasa a casi todas las aglutinantes y a todas las monosilábicas.

De consiguiente, podemos interrogarnos: ¿cómo es posible que una lengua de relativa perfección, perteneciente a una elevada categoría lingüística, rica en metáforas y figuras, lo cual supone un notable desarrollo de la inteligencia humana, sea la primitiva y la que haya dado origen a todas las demás?

¿Cómo suponer que un idioma en el que la figura juega un importante papel haya sido el medio de expresión de los hombres primigenios de la época terciaria?

Y si por otra parte no olvidamos que un principio evolutivo absoluto rige la marcha del lenguaje, de un modo semejante a lo que acontece en el plano del suceso vital, nunca podemos convenir en que un determinado idioma, cuyos caracteres denuncian una desarrollada perfección lingüística, sea anterior a idiomas de categorías inferiores y estructuralmente desprovistos de recursos gramaticales.

Una interpretación científica del hecho lingüístico nos obliga, antes bien, a admitir que, dentro del proceso evolutivo, los idiomas que revelan una organización más avanzada y un sistema gramatical completo han de ser forzosamente posteriores a aquellos cuya característica fundamental es la simplicidad, cuando no la exigüidad. Lo cual está de acuerdo y marcha paralelamente al hecho del desenvolvimiento del ser humano, quién, arrancando del *homúnculo* inconsciente y feroz que no necesitaba más que de gritos instintivos para las expresiones de su vida emocional, llega a situarse en el hombre razonador de nuestra época.

Siempre dentro de este criterio evolucionista, digamos, por último, que afirmar, en el campo lingüístico, la primitividad del hebreo, vale tanto como establecer, en lo biológico, la prioridad de las formas vertebradas con relación a las invertebradas.

SEGUNDA TEORIA

El eúsquera, la lengua primitiva de la humanidad

Un viejo y arraigado prejuicio no se lo abandona fácilmente. El criterio monogenista del lenguaje no podía despedirse definitivamente de la conciencia de los hombres; y, si bien quedó casi abolido con el advenimiento de las modernas fórmulas científicas, hubo de reaparecer, encranado en la persona de un insigne lingüista castellano.

Don Julio Cejador y Frauca, hombre de prominentes dotes intelectuales, resucitó en sus obras la olvidada doctrina del origen único de las lenguas, con todo el cortejo de conclusiones inadmisibles que la adopción de tal criterio tiene que traer forzosamente.

Convencido de la posibilidad de reducir a una sola todas las lenguas habladas en el mundo, sus esfuerzos se dirigen a buscar el tipo común original, llegando a determinarlo en la lengua eusquérica.

Hay, por cierto, una diferencia fundamental entre la teoría de Cejador y la que preconizaba al hebreo como lengua primitiva. Pues mientras ésta falseaba absolutamente, porque carecía de sustento científico, aquélla tiene visos de verosimilitud, que sus fundamentos científicos le proporcionan.

Jamás antes se había presentado en el campo del lenguaje una teoría tan fuerte, orgánica y conexas como ésta; porque, aun cuando fueron múltiples los ensayos de autores que pretendieron la reducción de los idiomas a uno solo, que no fuera el hebreo, la mayor parte de ellos hubo de ser relegada a un olvido bondadoso. Efectivamente, más de un tratadista, inducido por equívocas hipótesis, cayó en el despropósito de presentar, siempre con el afán monogenético, teorías a cual más inverosímiles.

Libre de esta suerte de extravagancias, la del señor Cejador descuella entre las demás notablemente, y ha de ser siempre un necesario blanco de atención para todo aquel que quiera transitar por la senda de Leibnitz y de Schlégel.

¿Cuáles son los fundamentos sobre los que descansa esta teoría? Es materialmente imposible para nosotros tratar de resumir en estas líneas todo cuanto se halla desparramado en el gran número de obras del autor. Por otra parte, para el efecto de nuestro brevísimo estudio no hace falta tampoco, ya que lo que deseamos es apenas dar una idea general del asunto.

Sin embargo, para no pecar de superficialidad, forzoso nos será referirnos siquiera sea a uno o dos puntos de discusión. Dos de los argumentos más importantes del señor Cejador son los que vamos a tomar en nuestro breve análisis.

1º. *Las raíces de casi todos los idiomas son palabras vivas en el eúsquera, especialmente las de la familia indo-europea. Estas palabras vivas pueden descomponerse aún en raíces simplisimas, las cuales son los gestos fónicos naturales y espontáneos del hombre. Pero éstos son hallados únicamente en el eúsquera. Luego el eúsquera es el idioma que los explica y los encierra a todos.*

Desde que algunos autores enunciaron la posibilidad de reducir, gracias al estudio comparado y al análisis de las estructuras verbales, gran número de idiomas a unos cuantos elementos radicales, más o menos inalterables y persistentes a través de las transformaciones lingüísticas; desde que Max Müller, sobre todo, llegó hasta darnos un número exacto de dichas raíces (de 400 a 500), no hubo lingüista que, para sus investigaciones, no partiera de este principio, que, por otro lado, facilitaba grandemente el estudio científico de las lenguas.

No dudamos de la aseveración de Max Müller; sólo que, de acuerdo con nuestro criterio, hemos de restringir al campo de la familia indo-europea la verificación de tal principio. Si es posible admitir que todos los idiomas de esta familia pueden reducirse, en último término, a tan sólo 400 o 500 raíces o ideofonemas; no lo es creer que éstos sean los elementos germinales de todas las lenguas y dialectos del globo.

De tal suerte que desde este punto comienza nuestra divergencia con el señor Cejador, porque si, según nuestro juicio, es innegable la reducción a los fonemas primitivos, ella

no alcanza sino a los idiomas indo-europeos; en tanto que, el señor Cejador, conforme con Max Müller y con el criterio monogénico, afirma la generalización de este principio a todos los organismos lingüísticos.

Y en defensa de la veracidad de nuestra afirmación basta comparar los ideofonemas indo-europeos con los elementos radicales de las lenguas aglutinantes, y, más aún, de las monosilábicas. De tal comparación veríamos surgir caracteres individuales indelebles, como inherentes a cada una de las categorías del lenguaje, caracteres que no sólo no permiten la reducción, sino que hacen imposible toda forma de aproximación entre los idiomas de diversa índole. Por ello, con harta razón ha dicho Hovelacque: «La estructura gramatical de los distintos idiomas nos aleja de la posibilidad de su origen único, y más bien nos comprueba palpablemente su diversidad originaria».

Por consiguiente, si estamos, pues, de acuerdo en la existencia de las raíces primitivas y en la reducción a ellas de las lenguas ario-europeas, diferimos ya en cuanto al alcance que debe darse a dichas raíces.

Ahora bien, en segundo lugar, afirma Cejador que las raíces de todos los idiomas son palabras vivas en el eúsquera. Afirmación extraña y bastante aventurada, que, a no tratarse de un autor como el citado, no pudiera ser tomada en serio, ni menos discutida. Mas, ¿qué le ha servido de base para llegar a la conclusión de que las raíces de nuestros idiomas tienen el valor de palabras en la eúsquera? No cabe dudar de que esta afirmación debe mucho a la fantasía. En efecto, inducido nuestro autor por ciertas lejanas analogías fonéticas y morfológicas que, como es natural, por el hecho de ser todas las lenguas producto del hombre, forzosamente han de existir entre todas ellas, en mayor o menor escala, llega a ver en esas analogías verdaderos lazos de relación y dependencia, asegurando que él ha encontrado a las raíces como palabras vivas del eúsquera. Y si, en un caso dado, se le pregunta por qué ciertas raíces no aparecen, o aparecen hasta tal punto alteradas que no se puede decir que sean las mismas, la respuesta es tan ambigua que lo mismo puede servir para probar como para refutar.

Por otra parte, es fácil comprobar cuan forzada resulta a veces su comparación. Tal, por ejemplo, el caso de la raíz *arg*, que él cree descubrir tanto en *arg-umentum* como en

arg-entum, y que, para justificar su doctrina, tiene que referirla al término eusquérico *arg*, cuyo inmediato significado oscila entre brillar y lucir. De igual estilo es la reducción de la raíz *spec* o *spic* a la palabra *espíko* (puntiagudo), cuando por otro lado es evidente la relación de tal raíz con el sánscrito *spas* (mirar, ver).

No puede, en consecuencia, admitirse que en las palabras vivas del eúsquera se encuentren las raíces de los demás idiomas. No habría para que insistir sobre este punto, para comprobar la inexactitud del primer argumento del señor Cejador; no obstante, digamos algunas palabras más acerca de los gestos fónicos. Afirma el señor Cejador que las raíces (palabras vivas del eúsquera) pueden ser descompuestas en raíces más simples todavía, las cuales son los llamados gestos fónicos, naturales y espontáneos del hombre. Nada de extraño tiene que las palabras del eúsquera puedan ser descompuestas, siempre que no se quiera ver en ellas las raíces de los otros idiomas; mas, ¿por qué sólo las simplísimas raíces del eúsquera han de constituir los gestos fónicos? ¿No pueden hallarse, con mayor razón, también en las raíces primigenias de la lengua aria, por ejemplo, los gestos fónicos matrices de todos los idiomas de la familia indo-europea, con independencia de las fuentes eusquéricas? Ahora bien, que pueda existir cierta relación morfológica original entre todas las familias, es cosa que nosotros no podemos negar, supuesto que los seres dotados de habla son todos, en última instancia, miembros de la gran familia humana.

¿Qué son los gestos fónicos? Sin pretender internarnos en el otro gran problema del origen del lenguaje, estrechamente concatenado, desde luego, con el que estamos discutiendo, anotemos simplemente algunos conceptos generales.

Verificado el análisis de una o de todas las lenguas, remontándose hasta las más elementales raíces, todos los lingüistas se han encontrado con ciertos sonidos vocálicos o articulaciones simplísimas, imposibles ya de ser más descompuestos. Son, como si dijéramos, los microorganismos fundamentales, las células primarias e irreductibles del gran organismo del lenguaje.

Ante tales elementos, representativos quizá de alguna idea, todos los lingüistas se han preguntado: ¿Qué valor tienen estos elementos? ¿qué relación hay entre ellos y los fenómenos internos? Las respuestas a toda esta clase de interrogaciones

han sido, como es fácil comprender, de lo más variadas e inconexas; y, a pesar de haberse respondido tanto, aún queda la cuestión en pie y el campo libre para las disquisiciones; lo que quiere decir que tales preguntas subsisten enigmáticamente, y subsistirán por mucho tiempo todavía.

Se puede llegar a dar con el valor exacto de los gestos fónicos; podemos avanzar hasta fijar la relación existente entre ellos y los fenómenos interiores representados; pero, cuando se trata de descubrir la causa o causas por las que una determinada articulación o un determinado sonido vocálico ha debido corresponder necesariamente a tal o cual fenómeno interno y no a otro, hay que confesar que los autores dejan irresoluta la cuestión.

No así para el señor Cejador, quién, a su propio parecer, cree haber solucionado el problema de la manera más satisfactoria. Es verdad que su exposición es erudita, que sabe descender hasta la última minucia del análisis; también es cierto que el contingente científico psico-fisiológico es notable en su obra: empero, todo su sistema deriva de un punto de partida fundamentalmente erróneo. Nos referimos a la suposición de un estado original humano idéntico al actual. No se da cuenta, sin embargo, nuestro autor de que para admitir un tal punto de partida, había necesidad de empezar por probar, y no suponer, que el estado primitivo del hombre era en realidad como el actual. ¿Dónde las pruebas?

Y hay que recordar bien que justamente una suposición de esta índole es la que más ha contribuido al obscurecimiento del problema del origen del lenguaje, derivando de allí una serie de contradicciones y de falsos puntos de vista. Efectivamente, si el estado primitivo del hombre era tan perfecto, según lo quiere Cejador, ¿cómo suponer que el lenguaje haya comenzado por balbuceos tímidos y por articulaciones elementales, según nos lo demuestran su propia vida y su historia? Y si, por otra parte, el eúsquera ha sido la primera manifestación del habla humana, lo que vale decir, un idioma ya sistematizado y organizado, el cual no pudo corresponder sino a un estado progresivo del hombre, ¿se nos quiere tal vez inducir a suponer también la existencia del paraíso terrenal? No solamente que el señor Cejador lo supone, sino que está convencido de ello. «El lenguaje, dice, como brote psíquico, pudo ser tan hecho y acabado en su sistema esencial

como lo es hoy día». Y más abajo: «Todo (aquí se refiere al lenguaje) nos induce a suponer un estado feliz en que se hallaba la humanidad, del cual salimos por culpa de nuestros primeros padres», y de la serpiente, habría que añadir para ser más justos.

Pero, en fin, no nos interesa por ahora el análisis del punto de partida de la teoría de Cejador, ni vamos a resolver por qué determinados fonemas son representativos de determinados fenómenos internos. Solamente queremos dar una brevísima explicación de lo que son los gestos fónicos.

Al analizar sumariamente la primera etapa de la vida de la humanidad, hemos de descubrir que el hombre, como todo otro ser vivo, necesitó establecer nexos de comunicación con sus semejantes. Impelido por esta necesidad, hubo de recurrir a las facultades de que por entonces se hallaba dotado, para el establecimiento de dicha comunicación. Los recursos naturales de que podía disponer no eran otros que los comunes a los seres animales, es decir, aquellos que eran vivas expresiones de la vida emocional del individuo. Esta clase de expresiones era lo único que bastaba por el momento; pues, no siendo aún el hombre un ser consciente y razonable ¿para qué habían de servirle expresiones más complejas o que requirieran el juego de los factores intelectuales?

Es así como el hombre, utilizando los recursos naturales, recurrió a las gesticulaciones para tratar de comunicarse con sus semejantes, medios que bastaban para la manifestación de los fenómenos emocionales. Pero cada gesticulación tenía sus características diferenciales, según el órgano que la había producido. Cuando eran el brazo, la mano, etc., los órganos gesticuladores, los gestos aparecían simples e impresionaban directamente a un solo sentido: el de la vista; mas, cuando el gesto era un producto del aparato bucal, de la garganta y de la boca del individuo, a la impresión visual acompañaba siempre una impresión acústica, a causa de la complejidad del gesto. Naturalmente, la boca y la garganta del hombre, como todo otro órgano, estaban en capacidad de gesticular, de producir gestos; sólo que esos gestos eran un poco más complicados que los otros, pues podían ser percibidos por dos sentidos a la vez. Cuando el individuo abría la boca para pronunciar la A, por ejemplo, (y en este punto reproducimos casi textualmente lo que dice Cejador, aunque no estemos de acuerdo con ello), no importaba mucho el sonido,

siendo la conformación gesticular de la boca lo que primariamente impresionaba a los demás. Ahora bien, como esta clase de gesticulaciones iban acompañadas de propiedades acústicas, era natural que, a la larga, había de prevalecer la impresión auditiva sobre la visual, acabando por habituarse los hombres a no percibir sino los sonidos y las articulaciones, sin preocuparles ya en lo mínimo la configuración de la boca.

De tal suerte que, según todo lo anterior, los gestos fónicos vendrían a ser las «gesticulaciones naturales de la boca humana, por suerte acompañadas de acusticidad». Comprendemos, de nuestra parte, y nos hallamos de perfecto acuerdo con muchos de los puntos de la teoría de los gestos fónicos; sin embargo, cuando se trata de llevar la creencia a un tal extremo de inverosimilitud, no podemos menos que oponernos fuertemente a ello.

Sale fuera del asunto que tratamos la refutación de tal aspecto; no obstante, digamos siquiera unas pocas palabras. Está bien que se afirme que los ideofonemas, cuya existencia no puede ser negada, son los elementos primordiales del lenguaje; está bien que se diga, también, que ellos son la resultante de un proceso de formación bio-psíquica; está bien, por fin, que hasta se descubra una suerte de relación entre ellos y los fenómenos interiores representados. Pero pretender descifrar por que tal o cual fenómeno interior está expresado por éste o aquél gesto fónico, y afirmar que las articulaciones de la boca, es ya, a no dudarlo, divagar inútilmente.

Más todavía; lleguemos a admitir la existencia de los gestos fónicos tal como los quiere el señor Cejador; pero, ¿por qué suponer que ellos han de estar encerrados exclusivamente en el eúsquera?; ¿cómo creer que los elementos primordiales de todos los otros idiomas forzosamente han de reducirse a aquéllos, si, en cambio, el sistema analítico-experimental nos descubre que hay en cada grupo o familia de lenguas elementos primarios comunes, en absoluto irreductibles, como muy bien lo asevera Hovelacque?

2º. *El sintetismo es un procedimiento del hombre que se halla más de acuerdo con su mente, siendo, por consiguiente, anterior al analitismo. Este procedimiento lo vemos reflejado en el eúsquera, dentro del campo del lenguaje, por lo que tal idioma es más valioso que todos los demás, analíticos en mayor*

o menor grado. Luego el eúsquera, no sólo es la lengua anterior y primitiva, sino, incluso, la más perfecta.

El punto examinado en el primer argumento era menos deleznable todavía que el presente. En efecto, ¿qué razón o razones fundamentales tiene el Profesor Cejador para una aseveración de esta naturaleza? Observemos de paso que este argumento como el otro derivan de un común punto de partida: la hipótesis del hombre primitivo consciente y razonador. Pero, evidentemente, un sistema científico que, en el actual curso de los conocimientos, se erige sobre una base tan inadmisible, no puede ser sino originalmente errónea.

En consecuencia, no hay razón para repetir las mismas refutaciones hechas antes respecto al primer punto, ya que son aplicables igualmente. Sólo que añadiremos algo más, tomado del examen de la vida de las lenguas.

Es cosa cierta que el eúsquera tiene los caracteres de lengua sintética, por lo que se halla clasificada justamente entre las polisintéticas, según la clasificación de Lefèvre. Mas, ¿de qué modo el sintetismo del eúsquera nos ha de inducir a la creencia de que él sea el idioma común original? ¿No tendrían igual derecho, y quizá mayor, las otras lenguas polisintéticas, como las americanas por ejemplo, a que se las crea también primitivas y originales?

Y, ¿por qué, por otro lado, sólo por sacar adelante la afirmación dada, se ha de deducir que el sintetismo es un procedimiento anterior al analitismo, que es, más bien dicho, el primer procedimiento de la mente humana?

Hay que convenir en que todo este cúmulo de equívocas no reconoce otra causa que la fe ciega con que el Profesor Cejador cree en el estado feliz del hombre primitivo.

Ahora bien, establecido el sintetismo del eúsquera, nuestro autor deduce de ello que dicho idioma, por corresponder a tal procedimiento, encierra mayor perfección que los demás, una vez que el carácter dominante en éstos es el analitismo. De donde, por fuerza, habría que inferir (y naturalmente así lo hace el señor Cejador) que todos los idiomas, en siendo meras derivaciones de la lengua perfecta, son apenas degeneradas muestras de ella.

Pero, entonces, si las lenguas analíticas son simples retrocesos o degradaciones del eúsquera, ¿cómo es posible comprender el hecho de que ellas hayan llegado a prevalecer, a jugar un papel importantísimo en la historia, por medio de los pueblos que las han hablado y hablan; en tanto que la sintética, la casi perfecta, se haya visto obligada a jugar un papel casi nulo dentro de esa misma historia, siendo así que hemos reconocido aquel principio relativo a la influencia del lenguaje en el desenvolvimiento histórico de los pueblos?



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

III

EL CAMPO POLIGENETICO

PRIMERO

Los puntos de vista generales

Quien quiera que trate de examinar el aspecto poligenético, en lo relativo a la ciencia del lenguaje, no puede menos que advertir inmediatamente las múltiples formas a que ha dado origen y la diversidad de variantes que ha introducido este criterio, aplicado a tal materia.

Sea que consideremos las numerosas interpretaciones que se han hecho al rededor de un mismo principio, sea que analicemos los principios mismos de los sistemas dados; ello es que siempre nos ha de salir al paso una nota dominante: la multiplicidad de posiciones adoptadas al respecto.

No obstante, cuando en una labor de mera exposición sintética se hace necesario observarlo todo desde los puntos de vista más comunes y generales, es posible reducir esta clase de cuestiones a ciertos principios fundamentales, que valen tanto como el numerador y el denominador comunes en las ciencias matemáticas.

Por algún tiempo anduvieron unidos los dos más importantes problemas del campo poligenético: el de las razas y el de las lenguas. Desde cuando el principio de la evolución, como postulado extraído de los estudios experimentales, imperó en el terreno científico, y sirvió para que gran número de las disciplinas tomaran un nuevo rumbo; desde entonces no se presentaron en el área de la discusión y del análisis cuestiones más interesantes ni más controvertidas que las que acabamos de enunciar.

Naturalmente, en la iniciación de las investigaciones, no era posible obtener el sistema necesario para diferenciar los distintos problemas entre sí, ni era fácil llegar a la singulari-

zación de la crítica científica de los mismos; y así, se dió el caso de que el analista, situado en una invariable posición y resguardado por el nuevo criterio, vuelto ya inmutable y universal, hubo de contemplar todos los tópicos conjuntamente, dotándolos de una conexión y urdimbre de las que en realidad carecían, o que, por lo menos, no eran tan inflexibles como se las había juzgado.

De aquí había de deducirse, como un corolario trascendental, la necesidad de examinar las cuestiones desde un punto de vista inalterable, y de resolverlas por medio de una fórmula común de solución. De esta suerte, al aplicar el criterio poligenético a un determinado tópico, era tal la trabazón que se creía o se quería ver entre ésta y los demás, que el investigador no podía menos que acabar por admitir la universalidad y la rigidez de tal criterio. Así, resultaba imposible tratar de analizar tal o cual punto, como el problema de las lenguas por ejemplo, sin que se lo relacione inmediatamente con sus congéneres, en especial con el problema de las razas; y, en consecuencia, era inadmisibile que se pretendiera aplicar a cada uno de ellos un criterio diferente o se tratara de darles diversa fórmula de explicación. Por lo tanto, admitir, por ejemplo, el criterio poligenético para el problema de las lenguas, significaba implícitamente admitirlo para el racial, porque parecía un absurdo que las dos cuestiones no anduvieren siempre mezcladas y no tuvieran la misma solución.

Todo esto, por cierto, era muy explicable y había venido como una consecuencia del sistema mismo, no estabilizado definitivamente aún, ni llegado todavía a su período de virtualidad científica. En nuestro caso concreto, obraba, además, la suposición de que lo racial y lo lingüístico eran materias inseparables. ¿Cómo podía explicarse, en efecto, el origen múltiple de las lenguas, si no era admitiendo forzosamente un origen múltiple también de la especie? No era concebible, en ese entonces, que los hombres, en teniendo un origen único, hubiesen podido llegar a poseer medios de expresión articulada, originalmente diversos.

Es necesario convenir en que el motivo engendrador de la dificultad era una creencia, difícil de borrar, rezago de las doctrinas anteriores, aquélla que juzgaba al hombre primitivo como a un ente en todo semejante al hombre de nuestros tiempos, dotado de iguales, si no más vigorosas facultades físicas y psíquicas, en este caso, es claro, cómo iba a conciliarse un

origen múltiple de las lenguas con un origen único de la especie!

Afortunadamente, tal creencia hubo de ser, a la larga, destruida por las ciencias. Cuando los ensayos y los experimentos biológicos determinaron el verdadero estado vital en que debió haber aparecido el hombre primitivo; más aún, cuando hasta se puede señalar con precisión ciertos caracteres inherentes a tal estado; entonces, el criterio, poco a poco, fue debilitándose, y se convirtió, por último, en un prejuicio dogmático y caduco.

Una doble situación surgió como consecuencia de la reforma de las posiciones anteriores: la 1ª., relativa a la necesidad científica de deslindar los dos problemas, que hasta entonces sólo en conjunto se los había estudiado, el problema etnológico y el problema lingüístico; la 2ª., referente a establecer la posibilidad, al tratarse de los tópicos nombrados, de contemplarlos a través de criterios diferentes, sin que sea incompatible el que mientras para uno de ellos se tome en cuenta el principio poligenético, el otro pueda ser sujeto a un estricto criterio monogénico.

Entre estos dos corolarios hubo una especie de sucesión cronológica; pues, cuando ya todos los hombres de ciencia hubieron admitido la necesidad de examinar separadamente las dos grandes cuestiones, todavía ninguno llegaba a propugnar la necesidad, ni siquiera la posibilidad, de resolverlas por los dos criterios opuestos. Era forzoso que así, sucediera, ya por el inusitado, quizá excesivo, fervor con que el principio de la evolución, siempre a partir de orígenes plurales, fue acogido en el campo de la ciencia; como por que significaba un paso arduo y avanzado la hipótesis de la compatibilidad de los principios poli y monogénéticos, aplicados simultánea y diferentemente al problema de las lenguas y al problema de la especie humana.

He aquí por qué, dentro del aspecto lingüístico, las primeras afirmaciones de la teoría poligenética hubieron de ir siempre secundadas de iguales asertos con respecto a la cuestión racial. Y sólo después se llegó, haciendo caso omiso del origen único y múltiple de la especie, a establecer contundentemente el gran principio del poligenismo de las lenguas.

La exposición de las teorías.—De modo general, las teorías que contemplan el origen múltiple de las lenguas, exponen unánimemente puntos de vista comunes, que pueden ser sintetizados en esta forma: a) inadmisibilidad de la aparición del hombre por la vía creacionista; b) negación del estado paradisiaco del hombre primitivo; c) necesidad de admitir el principio del aparecimiento del tipo *homo* por la vía evolutiva; d) aparición múltiple y simultánea de este tipo, en diversos puntos de la tierra; e) como consecuencia de lo anterior, imposibilidad de que las lenguas hubiesen tenido un origen común y único.

Tales son los postulados sobre los que se basa todo el sistema de las primeras teorías poligenéticas del lenguaje. Como se puede observar, para demostrar el último postulado, que era el verdaderamente interesante, se había recurrido a probar que la especie humana no tuvo un origen único, sino múltiple; y, claro está, admitiendo tal hipótesis, era más fácil inclinarse a sostener análoga suposición en el terreno del lenguaje. No se había querido, pues, aprehender directamente el hecho; al contrario, los investigadores se habían dirigido al examen de todos los puntos circundantes, para que de ese examen derivara, como corolario irreductible, aquello que en verdad era el núcleo constituyente del problema debatido.

No diremos nosotros que de los postulados anteriormente citados todos deban ser puestos en olvido, ya que ello implicaría un desconocimiento de los innumerables progresos científicos que a tales principios se deben; antes bien, juzgamos que, aun cuando muchos de ellos han sido ya suficientemente refutados, o, al menos, se encuentran tambaleantes, el punto de partida siempre ha de conservarse necesariamente el mismo: el reconocimiento de un sistema evolutivo, en general y como principio, el cual incluye a los seres orgánicos, y aún inorgánicos, de la naturaleza.

Es indudable que el camino abierto por Huxley, Darwin, etc., y por el que después han desfilado tantos ingenios, no podía dejar de ser fructífero. Ciertamente que los evolucionistas primitivos fueron, quizás, demasiado acres en sus impugnaciones; cierto que la exposición de los sistemas nuevos dió lugar a vehemencias exageradas; cierto que algunos de aquellos autores, Haeckel sobre todo, llegaron a inverosímiles extremos; mas, sin todo esto, sin aquellas exageraciones y sin estos ex-

tremos, el sendero de las ciencias hubiera seguido envuelto por un velo de misterio, como lo había estado hasta entonces.

Queda suficientemente explicado con estas consideraciones el por qué de la insistencia de las primeras teorías poligenéticas del lenguaje, en partir siempre del reconocimiento del origen múltiple de las gentes, para llegar a establecer lo propio respecto a las lenguas.

Entre estos primeros expositores sólo existen diferencias mínimas, por lo que sería redundante un examen particular de cada hipótesis.

Su crítica.—Evidentemente andaban descaminados los autores al pretender derivar, de todos modos, del poligenismo de las gentes, el gran principio de la diferencia original de las lenguas. Como si éste hubiera podido ser el único camino o la única fórmula de solución. Analizando los postulados que hemos entresacado, podemos hacernos una serie de interrogaciones, al rededor de ellos. En efecto, ¿qué necesidad existe, por ejemplo, de probar que el tipo hombre ha hecho un aparecimiento plural y simultáneo, en la tierra, para confirmar que los idiomas han tenido un origen diferente? ¿No es posible llegar a esto, por otras vías, sin que tengamos forzosamente que reconocer antes aquello?

Lo que sucedía era que no se podía concebir cómo los hombres, en reconociendo su origen único, hubiesen llegado, más tarde, a poseer lenguas originalmente distintas. Y esto porque, a pesar de las nuevas interpretaciones, todavía se seguía creyendo que el hombre primitivo, aunque aparecido por vía evolutiva, hubo debido gozar de la facultad de emitir sonidos articulados, desde el momento mismo de su aparición. Grave error, que sólo posteriormente, gracias al nuevo criterio que conceptuaba al hombre primitivo como un *homúnculo* en estado pre-racional, pudo ser deshecho. Pero, una vez más, la ciencia que, por boca de Arquímedes, había dicho «Eureka», pudo repetir la exclamación.

Nuevo planteamiento del problema.—No era, pues, que el hombre primitivo tan pronto como surgió a la vida, a través de fuerzas evolucionistas, hubiese podido al punto manejar la palabra con gran facilidad. Todo lo contrario. Verosímilmente, hubo de transcurrir un largo período de tiempo

antes de que el *homo alalus* pudiese tener la facultad de hablar, o sea, de emitir sonidos articulados. Y esto se explica perfectamente por las mismas leyes evolutivas; pues, una nueva forma específica de vida necesita, de modo ineludible, pasar a través de unos cuantos sucesos para lograr estabilizarse en su cabal sentido. Por otra parte, los datos, si bien escasos y aislados, que poseemos respecto al tipo humano primitivo, a su estructura orgánica y a la conformación craneana especialmente, son suficientes para inducirnos a comprender cuál ha debido ser la miserable situación de nuestro antepasado. Con cuánta razón ha escrito Lefèvre: «¿A qué necesidad hubieran respondido las palabras cuando el antroipoide del Neanderthal o de la Naulette, solitario y desnudo en la pesada atmósfera, sobre el fangoso suelo, vagaba hacha en mano buscando alguna planta o fruto comestible, o la pista de hembras tan salvajes como él?»

No hay que hacerse ilusiones, el hombre primitivo no sólo no ha sido el tipo paradisiaco, el hombre perfecto que se nos ha pintado; sino que arrastraba su existencia instintivamente, dentro de los moldes de una rigurosa vida animal, sin que hubiese podido siquiera expresar sus emociones orgánicas con algo más que no sea el rudo grito inarticulado, de igual manera que lo hacía cualquier otro mamífero potente.

Y por si fuere poco todo esto, aún nos queda un recurso más, que lo encontramos en ese vasto campo de experimentación que constituye el niño. Pese a las pertinaces objeciones de ciertos autores aferrados a las fórmulas antiguas, el niño resume en sí, a no dudarlo, la historia de la humanidad, de igual suerte que el proceso de su gestación es un compendio de la historia filogenética de la vida animal. ¿Qué es lo que observamos en el niño? Apenas nacido, exterioriza sus necesidades, sus deseos y emociones, por medio de simples gritos inarticulados, cuando no por la risa o por el llanto. Su estructuración orgánica no le permite más y su aparato laríngeo-bucal no está aún en la capacidad de la emisión articulada. Es necesario que transcurra algún tiempo, que crezca y se desarrolle, que su craneo y su laringe vayan conformándose adecuadamente para que pueda llegar a la articulación, si bien imperfecta todavía. Y es sólo en el momento en que el niño ha obtenido su desarrollo más o menos cabal, cuando puede decirse que goza de la facultad de hablar.

Pues exactamente lo mismo ha debido suceder con nuestros antecesores, los hombres primitivos. Sólo que, al menos en el niño hay un juego recóndito de fuerzas ancestrales, que le predisponen al habla; en tanto que el homúnculo iba a despertar por primera vez de su secular letargo de inconsciencia.

La solución.—De este modo pudo resolverse fácilmente la primera gran dificultad que se había presentado. No era necesario absolutamente partir de la comprobación del origen múltiple del hombre para afirmar el poligenismo lingüístico. Más aún, cabía perfectamente hacer esta afirmación, sin inquietarse por el común o diverso origen de la especie, ya que, de un modo o de otro, el hablar suponía ciertas condiciones psico-físicas, largo tiempo después adquiridas por el hombre. Esta solución implicó un segundo paso, dado en la materia científica que nos ocupa; sin embargo, restaba algo más. Supuesto que, por el momento, no interesaba mucho el problema del origen del hombre, para el reconocimiento de la diversificación original de los idiomas, ¿cabía llegar a sostenerse un origen múltiple de las lenguas, frente a un monogenismo de la especie? En otros términos, ¿era posible que los dos grandes principios se enfrentaran, sin incompatibilidad, el monogenismo en cuanto a las razas y el poligenismo en cuanto a las lenguas? Estaba reservado a la ciencia contemporánea dar este tercer paso.

La decadencia del poligenismo de la especie.—La lucha contra el principio del origen diverso de las gentes comenzó en la misma Biología, en la Antropología, y después trascendió a los demás órdenes científicos. No nos detendremos aquí a exponer la sistemática impugnación que acabó por desvirtuar tal principio, ni siquiera mencionaremos las notables objeciones que se le han hecho y hacen. Nos bastará apenas indicar, a modo de ligeras apuntaciones, ciertos puntos sobresalientes de la cuestión.

Ya desde los comienzos pareció absurdo, bajo un punto de vista bio-geográfico, el que se pretendiera que el tipo humano hubiese hecho su aparición al mismo tiempo, en distintos lugares del globo terrestre. Por otra parte, una absoluta carencia de datos y pruebas impedía que tal postulado fuera

admitido con carácter científico; pues, las pruebas que se presentaban eran extremadamente deleznales.

Vanos fueron los intentos de querer hasta determinar los probables puntos de la tierra en que la aparición del hombre debió haberse realizado, ya porque era imposible que los hombres de ciencia se pusieran de acuerdo respecto a dichos puntos, ya también porque uno que otro rastro vital humano que se creía encontrar en determinado lugar, y que se quería aducir como testimonio, suscitaba violentas controversias, de las que, por último, lo único que se deducía era la inutilidad de la prueba aducida.

Por fin la cuestión fue abandonada; y, aunque no todos los investigadores llegaron a admitir formalmente un principio monogenético de la especie, por lo menos llegaron a no rechazarlo. Desde luego, aún reconocido tal principio, el sistema evolutivo era el único por el cual podía explicarse el hecho mismo de la aparición del hombre, sin que ya ningún tratadista pensase en resolver, por otras vías, el problema.

Era natural que un rechazo semejante al que había sufrido tal principio en la misma Antropología, sufriera también en los otros órdenes científicos. Y así en la ciencia del lenguaje, cualquier autor que ya antes no se había inquietado por averiguar si el origen del hombre era único o múltiple, se inclinaba ahora, más bien, al reconocimiento de un monogenismo de la especie.

SEGUNDO

Nuestra opinión particular

Momento es éste, tenidas en cuenta todas las consideraciones precedentes, de apuntar nuestra opinión, al rededor de la materia. Dejando para otro ensayo la exposición sistemática y orgánica de nuestra teoría, nos limitaremos por de pronto a enunciar los postulados fundamentales sobre los que ella está erigida.

Como hemos señalado poco antes, algunos autores, que podrían ser denominados neo-lingüistas, llegaron hasta la admisión de la posibilidad de un origen común del género hu-

mano, sin que llegasen a propugnarlo decididamente. Corresponde esta actitud científica, de modo principal, a Schleicher y Fritz Müller, entre otros, quiénes indujeron a los investigadores posteriores a adoptar idéntica actitud.

Mas, todavía no se planteaba la cuestión. ¿Era o es posible sostener, sin contradicción, por un lado la monogénesis de las razas, y por otro, la poligénesis de las lenguas? No se había planteado, decimos, esta cuestión; y si se la había planteado, nadie quería llegar a una rotunda afirmación. No es necesario, se decía; porque, después de todo, para la teoría del diverso origen de las lenguas, poco importa que la humanidad hubiese tenido un principio mono o poligenético.

En esto radica, justamente, el punto de diferencia de nuestra opinión y de las anteriores. Nosotros creemos que no sólo cabe sostener aquel principio, sino que se debe propugnarlo, habida cuenta de que, en vez de obstaculizar, facilita grandemente la comprensión de los problemas discutidos. La diferencia, por cierto, es mínima; y debemos confesar que, por lo demás, nos hallamos en perfecto acuerdo con los neo-lingüistas, de manera singular con el eminente Schleicher, cuyas autorizadas palabras, tomadas al acaso, revelan su valor científico: «El lenguaje, que, aún durante el corto período histórico de la humanidad, vemos en perpetuo cambio, es, a nuestro juicio, el resultado de una lenta evolución. Por otra parte, desde el momento en que encontramos en la constitución material del hombre el principio de su lenguaje, estamos obligados a admitir que el desenvolvimiento del lenguaje ha ido al mismo paso que el del cerebro y el de los órganos fonéticos. Pero si es el lenguaje la característica del hombre, nuestros primeros antepasados no han sido, en el origen, lo que llamamos ahora hombre..... Así, pues, los resultados de la glótica nos conducen muy decididamente a la hipótesis de una diferenciación insensible del hombre de las formas inferiores».

La enunciación de los postulados será suficiente, por ahora, para una recta comprensión de nuestros puntos de vista:

a) Inadmisibilidad de la aparición del hombre por una vía creacionista.

b) Necesidad de admitir el principio del aparecimiento del tipo *homo* por la vía evolutiva, dentro del criterio monogénico.

c) Negación, por lo tanto, del estado paradisiaco del hombre primitivo (homúnculo).

d) Lenta transición del hombre *alalus* hasta llegar al tipo consciente y razonador.

e) Durante esta transición se realizan los siguientes hechos bajo el imperativo de leyes generales: 1º. formación de los primeros grupos humanos, guiados por el instinto de la especie; 2º. aumento progresivo de estos grupos, sin más vínculos que los biológicos; 3º. dispersión paulatina de las gentes, bajo el peso de innumerables circunstancias y factores del mundo exterior; 4º. lenta diferenciación, cada vez más honda, entre los diversos núcleos dispersados, y en todos los órdenes, desde el más simple al más complejo.

f) Al terminarse la transición, y cuando han sucedido ya los hechos citados anteriormente, aparecen las primeras manifestaciones del lenguaje, como signo distintivo y característico del hombre.

g) En consecuencia, el lenguaje es, en cada grupo humano, una manifestación diferente, y corresponde, diferentemente también, a determinado número de factores y de estímulos del mundo exterior, que han operado de modo exclusivo sobre cada uno de los incipientes conglomerados de hombres.

h) Como en el proceso de la formación del lenguaje intervienen las diferencias orgánicas, cerebrales y vocálicas, de los individuos de cada grupo, el medio de expresión es, para dicho grupo, peculiarmente inconfundible.

i) Sin embargo, dada la naturaleza humana, fundamentalmente la misma para toda la especie, existe cierta lejana relación de procedimientos entre los medios de expresión de las diferentes agrupaciones.

j) Véase, por consiguiente, cómo la diversificación de las lenguas es un hecho natural y primario, producido por la conjunción de factores individuales y sociales; unos, provenientes del mundo exterior, y otros, oriundos de las formaciones internas de los individuos, efectuados bajo la presión de ese mismo mundo circundante.

k) Siendo las lenguas originalmente distintas, se desprende el absurdo de querer reducirlas a un solo tipo común, a pesar de ciertas afinidades existentes; ya que éstas sirven, cuando más, para inducirnos a la creencia en el monogenismo de las gentes.

l) Toda tentativa de esta naturaleza tiene que fracasar ante el reconocimiento científico de una verdad innegable: el proceso evolutivo que transforma al hombre *alalus*, preconciente, en un ser reflexivo y capaz de expresión articulada. Verdad científica, múltiplemente comprobada, cuyo valor va siendo cada vez más axiomático.

m) Cada lengua, correspondiente a un grupo humano casi autóctono, sigue el proceso natural de formación, sujeta, como toda otra manifestación humana, al principio evolutivo universal.

n) No es posible desconocer una influencia mutua de las lenguas en su desarrollo posterior, a causa de la vida social de las colectividades.

ñ) Todo idioma es absolutamente comparable a un ser vivo, pues está dotado de características en todo semejantes.

o) Por último, es posible establecer clasificaciones de las lenguas, distribuyéndolas específicamente en grandes ramas, familias, etc., según la valencia de sus afinidades; mas, el intento de derivarlas todas de una sola lengua madre universal es incompatible con los principios científicos, a más de ser filosófica y gramaticalmente absurdo.

De la mera exposición de los puntos de vista fundamentales puede concluirse que, si bien en ellos está sintetizada nuestra hipótesis y ellos son algo así como el esqueleto de nuestro sistema, su exposición metódica y doctrinaria requiere un nuevo trabajo de esta índole. Por lo cual creemos conveniente dejar la formulación de nuestra teoría para un segundo ensayo relativo a la materia.

Sólo queremos, para terminar, referirnos al enunciado de Max Müller, partidario ardiente del monogenismo de las lenguas, quién, como gran argumento a su favor, expone: «Sí

se quiere afirmar que el lenguaje ha tenido comienzos diferentes, hay que demostrar que es imposible que todas las lenguas hayan tenido un origen común». A lo que, revirtiendo sus propias palabras, podemos argüir: Si se quiere afirmar que el lenguaje ha tenido un origen común, hay que demostrar que es imposible que todas las lenguas hayan tenido comienzos diferentes.

Ellos jamás han demostrado la imposibilidad de que las lenguas tuviesen comienzos diferentes. En cambio, que es imposible que todas las lenguas hayan tenido un origen común, lo hemos demostrado ya.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL